

INEXORABLE, JULIO CRIVELLI
Carlos Bruck

Se supone, se discute, si un libro puede transformar a la gente. Algunos, como prueba de ello hablan de las Penas de amor del joven Werther -que al ser leído en pleno romanticismo-desencadenó unos cuantos suicidios que en ese entonces se pensaba como un gesto muy elegante. De todas maneras la controversia sigue con argumentos de unos y de otros. Pero lo que está claro es que, en cambio, escribir un libro puede transformar a una persona en un sujeto llamado autor. Claro que eso está íntimamente vinculado al hecho de que esos papeles o esas pantallas llenas de palabras puedan ser consideradas como decía Freud "una otra cosa y algo más": un libro, algo que no depende solamente de las intenciones editoriales sino de una experiencia de lectura.

En este sentido es que creo que cuando nos encontramos con Inexorable nos encontramos con un libro, con una experiencia de lectura en tanto que su autor tiene algo que decir. Y esta posición íntima que reubica a una persona como autor es probablemente un desprendimiento de un punto nodal del libro: hay algo para decir que ha sido dicho de muchas maneras pero no ha sido pronunciado.

Eso que Luisa Valenzuela en la contratapa de Inexorable insiste y persiste: el secreto, ese argumento con que una historia de vida es construida. Julio Crivelli toma el secreto para argumentar una historia de vida, adonde el secreto parece ser una versión de los sonidos del silencio. Y entonces la travesía argumental necesitará tratar de una manera adecuada al material en cuestión, una manera en donde con maestría de escritor conviven al filo de sí mismos testimonios, sueños que son testimonios, testigos y personas que callan, lugares extranjeros y sujetos extraños, sobre todo como el protagonista, que no pueden darse el lujo de sentirse extranjero.

Con este procedimiento el libro tampoco puede darse el lujo de decaer. Insisto en esta frase porque precisamente el texto se anuncia al lector con este título contundente: Inexorable. Es aquí donde se juega la partida, en la línea clásica inaugurada por los griegos y practicada por Borges, el protagonista, el agonista, es sujeto de un destino. Pero todo el tiempo aparece un síntoma argumental: el protagonista, el agonista es infiel, es extraño. Pero a esto lo llamo síntoma, porque esta infidelidad habla de una otra religión privada: la creencia en un destino.

En un destino con el semblante de una condena que se cumplirá porque la voluntad del creyente así lo impone. Crivelli logra matizar esto para que nada parezca lineal. Para que todo se asemeje a un laberinto en el cual no puede faltar el fuego que termina con todo, termina en una tragedia rural, urbana, política y por supuesto con cuentas pendientes y no pagadas ni cobradas según desde donde se mire.

Me parece este uno de los puntos más singulares del libro, destacar como resulta inexorable, algo que anuncia el título de su libro, andar por la vida con alguna íntima profesión de fe, alguna creencia y proceder en los hechos a confirmarla como lo hace el protagonista. Así es que el autor escribe en algún momento "todos temían el día siguiente porque podía ser mucho peor que el anterior". Esta suposición de un infierno doméstico no deja afuera las dos vertientes que marcan las paredes de ese laberinto (como en la vida de cualquiera) pero que dicen la manera singular en

la que circula el protagonista: sexualidad y muerte. De ninguna de esas dos cuestiones el sujeto humano puede escapar pero con ambas puede arreglárselas de diferentes maneras.

El libro plantea un protagonista, un agonista que siendo tan decidido no sabe hacer otra cosa que darse un destino en donde esas marcas se le vuelven estigmas. Claro que al Minotauro, figura que importa mucho más que el laberinto, se lo puede derrotarlo. Pero para eso hace falta una historia de amor, hace falta una Ariadna que le brinde un ovillo para conducirse. Esa falta -aunque haya mujeres doncellas, lascivas, apasionadas, indiferentes- es la que sobrelleva el agonista, el protagonista. Esa falta hace que el laberinto tenga paredes de fuego como en algún fragmento bíblico o de Edgar Allan Poe, similares en la inquietud que producen.

A cambio de esa carencia hay otro ovillo -pero esta vez de palabras- que conducen al lector, hilvanando un texto que aunque en el final invoca lo arbitrario del laberinto presenta con precisión la condición de la salida a otra escena.